

Ian McEwan

Amor perdurable



Joe y Clarissa son una pareja feliz. Él se dedica a escribir sobre temas científicos; ella es una profesora de literatura inglesa que regresa a Inglaterra tras un breve período de investigación en Harvard. Joe ha ido a esperarla al aeropuerto, y desde allí se han marchado a los verdes prados de las colinas de Chiltern, a un delicioso almuerzo campesino que aúna los placeres del vino francés, la naturaleza y el reencuentro amoroso. Pero en medio de aquel civilizado paraíso, y casi sin que ellos se den cuenta, se introducirá una serpiente, inesperada e inocente, pero no por ello menos terrible.

Los tripulantes de un globo, un anciano y su nieto, se ven en serias dificultades. El aerostato, incontrolado, sube en el aire con el niño dentro, y Joe y otros hombres presentes en el lugar van a socorrerlo. En aquel extraño nudo de encuentros urdido por el destino, el muy racional Joe conoce a Jed Parry, un fanático religioso que se enamorará obsesiva e implacablemente del cada vez más horrorizado Joe... Ian McEwan, con una sutil ironía y su peculiar gusto por la comicidad más ominosa, urde una ambigua fábula moral, un thriller apasionante acerca de la naturaleza misma del amor, y su localización en la encrucijada entre la racionalidad y la locura.

para Annalena

## 1

El principio es fácil de señalar. Estábamos al sol junto a un roble, parcialmente protegidos de un viento fuerte, racheado. Yo estaba arrodillado en la hierba con un sacacorchos en la mano y Clarissa me pasaba el vino, un Daumas Gassac de 1987. Aquél fue el momento, la marca en el mapa del tiempo: yo tenía el brazo extendido y, en cuanto sentí en la mano el cuello frío de la botella y su negra cápsula, oímos el grito de un hombre. Nos volvimos a mirar al campo y vimos el peligro. Un instante después, corría en su dirección. Fue una transformación absoluta: no recuerdo el momento de soltar el sacacorchos, ni de ponerme en pie, ni de tomar una decisión ni oír la advertencia que Clarissa gritó a mis espaldas. Qué idiotez, entrar corriendo en esta historia y sus laberintos, alejarse a toda prisa de nuestra felicidad entre la fresca hierba de primavera junto al roble. Volvió a oírse el mismo grito, y el de un niño, debilitados por el viento que rugía en los altos árboles a lo largo de los setos. Aceleré el ritmo. Y entonces, de pronto, desde diferentes puntos del campo, otros cuatro hombres convergieron en la escena, corriendo como yo.

Lo veo desde cien metros de altura, con los ojos del aguilucho que habíamos observado antes ascender, planear en círculos, bajar entre el tumulto del aire: cinco hombres corriendo en silencio hacia el centro de un campo de cuarenta hectáreas. Yo me acercaba por el sureste, con el viento de espaldas. A unos doscientos metros a mi izquierda dos hombres corrían uno junto a otro. Eran labriegos que arreglaban la cerca por el extremo sur del campo, al borde

de la carretera. A la misma distancia por el otro lado iba John Logan, cuyo coche estaba ladeado sobre la hierba del arcén, con la puerta o las puertas abiertas de par en par. Sabiendo lo que ahora sé, resulta extraño recordar la figura de Jed Parry a unos quinientos metros delante de mí, cuando salió de una línea de hayas al otro extremo del campo, corriendo de cara al viento. Para el aguilucho, Parry y yo éramos formas diminutas, con nuestras camisas blancas resaltando contra el verde, apresurándonos el uno hacia el otro como amantes, ignorando el dolor que aquel contacto iba a traer. El encuentro que nos desquiciaría estaba a unos minutos de distancia, su enormidad velada para nosotros no sólo por la barrera del tiempo sino por el coloso del centro del campo que nos atraía con la fuerza de su tremenda envergadura, inversamente proporcional a la insignificante angustia humana de su base.

¿Qué hacía Clarissa? Dijo que echó a andar de prisa hacia el centro del campo. No sé cómo resistió el impulso de correr. En el momento en que pasó —el hecho que voy a describir, la caída—, casi nos había alcanzado y estaba bien situada como observadora, sin el agobio de la participación, de las cuerdas y los gritos, ni de nuestra fatídica falta de coordinación. Lo que describo también está configurado por lo que Clarissa vio, por lo que nos dijimos durante la obsesiva reflexión que siguió: la recolección de los hechos, adecuada expresión para lo que ocurrió en un campo que aguardaba su siega de principios de verano. La recolección de los hechos, la segunda cosecha, el crecimiento impulsado por la primera recogida de mayo.

Estoy ocultando algo, retardando la información. Me entretengo en los momentos previos porque entonces aún eran posibles otras consecuencias; la convergencia de seis figuras en un espacio liso y verde ofrece una geometría reconfortante desde la perspectiva del aguilucho: el plano cognoscible, limitado, de la mesa de billar. La situación de partida, el impulso y su dirección definen la trayectoria con-

siguiente, los ángulos de impacto y retroceso, y en lo alto, con tranquilizadora claridad, la luz baña el campo, el paño y todos los cuerpos en movimiento. Creo que mientras aún convergíamos, antes de entrar en contacto, nos encontrábamos en un estado de gracia matemática. Me entretengo en nuestras posiciones, en las respectivas distancias y en los puntos cardinales, porque, en lo que se refiere a los hechos, ésa fue la última vez que llegué a entender algo con claridad.

¿Hacia qué corríamos? No creo que ninguno de nosotros lo supiera exactamente. Pero en apariencia la respuesta era hacia un globo. No el espacio simbólico que encierra las palabras o pensamientos de un personaje de tebeo ni, por analogía, el simplemente impulsado por aire caliente. Se trataba de un enorme globo relleno de helio, ese gas elemental forjado con hidrógeno en el horno nuclear de las estrellas, el primer paso en la generación de la multiplicidad y diversidad de la materia en el universo, incluidos nosotros y todos nuestros pensamientos.

Corríamos hacia una catástrofe, que también era una especie de horno, a cuyo calor identidades y destinos se fundirían para cobrar nuevas formas. El globo tenía en la base una barquilla en la que iba un niño, y junto a la barquilla, colgado de una cuerda, había un hombre que necesitaba auxilio.

Aquel día habría estado marcado para el recuerdo incluso sin el globo, aunque de la más agradable de las formas, pues se trataba de un reencuentro después de una separación de seis semanas, la más larga que Clarissa y yo habíamos pasado en los siete años que llevábamos juntos. De camino a Heathrow me había desviado a Covent Garden y, tras encontrar un sitio medio permitido, aparqué cerca de Carluccio's. Entré e improvisé un almuerzo campestre cuyo elemento central era una enorme bola de *mozzarella* que el

empleado sacó de una tinaja con unas tenazas de madera. Compré también aceitunas negras, ensalada mixta y *focaccia*. Luego me apresuré por Long Acre hacia Bertram Rota's para recoger el regalo de cumpleaños de Clarissa. Aparte del piso y el coche, era lo más caro que había comprado en la vida. Y a la vuelta, mientras iba por la calle, sentí el calor que el carácter excepcional de aquel librito desprendía a través del grueso papel marrón del envoltorio.

Cuarenta minutos después escrutaba las pantallas de información de llegadas. El vuelo de Boston acababa precisamente de aterrizar y calculé que me quedaba media hora de espera. Si alguien quería una prueba de la tesis de Darwin de que las diversas expresiones de la emoción son universales y están genéticamente grabadas en los seres humanos, le habría bastado unos minutos frente a la puerta de llegadas de la Terminal Cuatro de Heathrow. Vi la misma alegría, la misma sonrisa incontrolable en el rostro de una madraza nigeriana, una abuelita escocesa de labios finos y un pálido y serio hombre de negocios japonés cuando salían empujando sus carros y reconocían a alguien entre la expectante multitud. El observar la variedad de la especie humana es una fuente de placer, pero también puede serlo su uniformidad. No dejaba de oír el mismo suspiro emitido en una nota descendente, acompañada muchas veces de un nombre cuando dos personas se abrían paso para abrazarse. ¿Era una segunda mayor, una tercera menor, o un tono intermedio? ¡Pa-pá! ¡Yolanta! ¡Ho-bi! ¡Nz-e! También había una nota ascendente, canturreada sobre los solemnes y cansados rostros de niños pequeños por padres o abuelos largo tiempo ausentes, zalamera, llena de súplica por una inmediata respuesta de cariño. ¿Hann-ah? ¿Tom-ee? ¡Abrazame!

La variedad estaba en los dramas particulares: un padre y un hijo adolescente, quizá turcos, permanecieron inmóviles en un largo abrazo silencioso, perdonándose mutuamente, o llorando la pérdida de un ser querido, ajenos a

los carritos que se atascaban a su alrededor; gemelas idénticas, cincuentonas que se saludaban con evidente aversión, sólo rozándose las manos y besándose sin tocarse; un niño americano izado a hombros de un padre al que no reconocía, gritando para que lo bajara, provocando un acceso de cólera en su cansada madre.

Pero sobre todo eran sonrisas y abrazos, y en treinta y cinco minutos presencié un montaje de más de cincuenta finales felices, cada uno de ellos con la apariencia de estar un poco peor representado que el anterior, hasta que empecé a sentirme emocionalmente agotado y sospeché que ni siquiera los niños eran sinceros. Me estaba preguntando lo convincente que resultaría yo al recibirla, cuando Clarissa, que no me había encontrado entre el gentío, me dio unos golpecitos en el hombro y me volví. Inmediatamente desapareció mi distanciamiento y grité su nombre, en sintonía con todos los demás.

Menos de una hora después estábamos aparcados junto a un sendero que discurría entre un bosque de hayas en las colinas de Chiltern, cerca de Christmas Common. Mientras Clarissa se cambiaba de zapatos metí el almuerzo en una mochila. Echamos a andar cogidos del brazo, aún eufóricos por nuestro reencuentro; lo que me resultaba familiar de ella era el tamaño y el tacto de su mano, la dulzura y la calma de su voz, su piel pálida y sus verdes ojos celtas, también era novedoso y relucía bajo una luz extraña, recordándome nuestras primeras citas y los meses que pasamos enamorándonos. O acaso, imaginé, me había convertido en otro hombre, mi propio rival sexual, que había venido a quitármela. Cuando se lo conté se echó a reír y dijo que era la persona más simple y a la vez más complicada del mundo, y cuando entonces nos paramos a besarnos y a preguntarnos en voz alta si no debíamos habernos ido derechos a casa, a la cama, atisbamos entre el fresco follaje el globo de helio, que se movía vagamente en el aire al oeste del arbolado valle. No se veía ni al hombre ni al niño. Recuerdo



que pensé, aunque no lo dije, que como medio de transporte resultaba precario, ya que era el viento, y no el piloto, quien marcaba el rumbo. Entonces se me ocurrió que en eso debía de consistir precisamente su encanto. Y al momento se me fue la idea de la cabeza.

Atravesamos College Wood hacia Pishill, deteniéndonos para admirar las reverdecidas hayas. Las hojas parecían brillar con una luz interior. Hablamos de la pureza de aquel color, la hoja de haya en primavera, y de cómo se despejaba la mente al mirarla. Al adentrarnos en el bosque empezó a levantarse viento y las ramas crujieron como un mecanismo oxidado. Conocíamos bien el camino. Sin duda era el paisaje más bello que había a una hora del centro de Londres. Me encantaban el perfil y la ondulación de los campos, con sus notas dispersas de caliza y pedernal, y los senderos que bajaban por ellos para sumergirse en la oscuridad de los hayedos, abandonados algunos, valles muy húmedos donde un musgo iridiscente cubría los corroídos troncos y donde a veces se vislumbraba algún ciervo perdido entre la maleza.

Mientras caminábamos en dirección oeste hablamos casi todo el rato de la investigación de Clarissa: la muerte de John Keats en Roma, en la casa al pie de la escalinata de la Plaza de España donde se alojaba con su amigo Joseph Severn. ¿Era posible que aún existieran tres o cuatro cartas de Keats sin publicar? ¿Podía estar una de ellas dirigida a Fanny Brawne? Clarissa tenía razones para pensarlo y había pasado parte de su año sabático viajando por España y Portugal, visitando casas donde habían estado Fanny Brawne y Fanny, la hermana de Keats. Ahora volvía de Boston, donde había trabajado en la Biblioteca Houghton de Harvard, buscando correspondencia de parientes lejanos de Severn. La última carta conocida de Keats fue escrita casi tres meses antes de su muerte a su antiguo amigo Charles Brown. Es de tono más bien ceremonioso, y de modo típico en él, casi como en un paréntesis, intercala una brillante

descripción de la creación artística: «el conocimiento del contraste, la percepción de la luz y la sombra, toda esa información (en sentido primitivo) necesaria para un poema son grandes enemigos de la recuperación del estómago». Es la de la famosa despedida, tan desgarradora dentro de su reserva y cortesía: «Me resulta difícil decirte adiós incluso por carta. Nunca se me han dado bien las reverencias. ¡Que Dios te bendiga! John Keats». Pero las biografías convienen en que cuando escribió esa carta su tuberculosis entraba en remisión, proceso que continuó durante diez días más. Visitó la Villa Borghese y paseó por el Corso. Escuchó con agrado a Severn tocando a Haydn, tiró la cena maliciosamente por la ventana para protestar por la calidad de la cocina e incluso pensó en empezar un poema. Si existían cartas de ese período, ¿por qué había querido Severn o, más probablemente, Brown hacerlas desaparecer? Clarissa creía haber encontrado la respuesta en algunas referencias dispersas en cartas de parientes lejanos de Brown escritas en la década de 1840, pero necesitaba más pruebas, otras fuentes.

—Sabía que nunca volvería a ver a Fanny —aseveró Clarissa. Escribió a Brown y le dijo que no soportaría ver su nombre escrito. Pero nunca dejó de pensar en ella. Se encontraba bastante fuerte en aquellos días de diciembre, y la quería muchísimo. Es fácil imaginarle escribiendo una carta que nunca tuviera intención de enviar.

Le apreté la mano y no dije nada. Poco sabía de Keats y de su poesía, pero creí posible que en su desesperada situación no hubiese deseado escribirle precisamente porque la quería mucho. Últimamente le había dado vueltas a la idea de que el interés de Clarissa por esas cartas hipotéticas tenía algo que ver con nuestra propia situación, y con su convencimiento de que el amor que no encuentra expresión epistolar no es perfecto. En los meses siguientes a nuestro primer encuentro, y antes de que compráramos el piso, me escribió cartas muy bonitas, apasionadamente

abstractas, en las que exploraba los aspectos en que nuestro amor era distinto y superior a cualquiera que hubiese existido jamás. Quizá sea ésa la esencia de una carta de amor, la celebración de lo único. Yo intenté igualar las suyas, pero lo único que la sinceridad me permitía eran los hechos, y a mí me parecían bastante milagrosos: una hermosa mujer estaba enamorada y quería ser amada por un individuo alto, torpe y medio calvo, que no podía creer en su suerte.

Al llegar a Maidensgrove nos detuvimos a observar el águila. Puede que el globo volviese a cruzar nuestro camino mientras estábamos en el bosque que cubre los valles que rodean la reserva natural. A primera hora de la tarde nos encontrábamos en Ridgeway Path, caminando en dirección norte delante del barranco. Luego atravesamos uno de esos anchos campos que se extienden al oeste desde las Chiltern hasta las fértiles tierras de labranza de la parte de abajo. Al otro lado del Valle de Oxford distinguimos el contorno de la sierra de Cotswold y, más allá, lo que posiblemente eran los Brecon Beacon alzándose en una tenue masa azulada. Pensábamos almorzar justo al extremo del campo, donde la vista era mejor, pero el viento ya era demasiado fuerte. Volvimos a cruzar el campo y nos refugiamos entre los robles que bordean el lado norte. Y aquellos árboles fueron la razón de que no viéramos el descenso del globo. Después me pregunté por qué el viento no lo había arrasado a kilómetros de distancia. Pero más tarde descubrí que aquel día el viento no era el mismo a ciento cincuenta metros de altura que a ras del suelo.

La conversación sobre Keats decayó con los preparativos del almuerzo. Clarissa sacó la botella de la mochila y me la tendió sujetándola por la base. Como ya he dicho, cuando sentí el cuello en la mano oímos el grito. Era un barítono, en una aguda nota de miedo. Señaló un principio y,

por supuesto, un final. En aquel momento se cerró un capítulo, o, mejor dicho, toda una etapa de mi vida. De haberlo sabido, y si me hubieran sobrado unos segundos, me habría permitido un poco de nostalgia. Llevábamos siete años viviendo como un matrimonio enamorado y sin hijos. Clarissa Mellon estaba enamorada también de otro hombre, que casi llegado a su doscientos aniversario no suponía un gran problema. En realidad me ayudaba en los combativos diálogos que formaban parte de nuestro equilibrio, de nuestra manera de hablar del trabajo. Vivíamos en un edificio *art déco* en la zona norte de Londres con un índice de preocupaciones por debajo de la media —escasez de fondos durante un par de años, un susto de cáncer sin fundamento, divorcios y enfermedades de amigos, la irritación de Clarissa ante mis ocasionales y maníacos accesos de insatisfacción por mi trabajo—, pero sin nada que amenazase nuestra libre e íntima existencia.

Lo que vimos al abandonar el almuerzo y ponernos en pie fue lo siguiente: un gigantesco globo gris, del tamaño de una casa, en forma de lágrima, había bajado al campo. El piloto debía de estar medio fuera de la barquilla cuando el globo tocó el suelo. La pierna se le había enganchado en una cuerda atada al ancla. Ahora, mientras el viento arreciaba, levantando el globo y empujándolo hacia el barranco, el piloto iba medio a rastras, medio en volandas por el campo. En la barquilla había un niño, un crío de unos diez años. En una calma repentina el hombre se incorporó, agarrándose a la barquilla, o al niño. Luego hubo otra ráfaga y el piloto cayó de espaldas, golpeándose contra el duro terreno, tratando de afirmarse con los pies o impulsarse hacia atrás para coger el ancla y asegurarla en el suelo. Aunque hubiera podido, no habría intentado desenredarse de la cuerda del ancla. Necesitaba que su peso mantuviera el globo sobre el suelo, y el viento le habría arrancado la cuerda de las manos.

Mientras corría, oí que gritaba al niño para que saltara de la barquilla. Pero el niño se bamboleaba de un lado a otro mientras el globo daba sacudidas por el campo. Recobró el equilibrio y sacó una pierna por el borde de la barquilla. El globo subía y bajaba, chocó contra un montículo y el niño cayó de espaldas, desapareciendo de la vista. Entonces volvió a levantarse, extendiendo los brazos hacia el hombre y gritando algo a su vez: palabras de miedo inarticulado, no sabría decir.

Yo debía de estar a cien metros de distancia cuando la situación quedó dominada. El viento había cesado, el hombre estaba en pie, inclinado sobre el ancla mientras la clavaba en tierra. Se había desenredado la cuerda de la pterna. Por algún motivo, complacencia, agotamiento o simplemente porque hacía lo que le habían dicho, el niño permanecía en el mismo sitio. El gigantesco globo oscilaba, caía hacia atrás, daba tirones, pero la bestia estaba domada. Aflojé la marcha, aunque no me detuve. El hombre se irguió, nos vio —o al menos a los campesinos y a mí— y nos saludó con la mano. Seguía necesitando ayuda, pero yo sentí alivio caminando ahora a paso ligero. Los labriegos también habían dejado de correr. Uno de ellos tosía con fuerza. Pero el hombre del coche, John Logan, sabía algo que nosotros ignorábamos y siguió corriendo. En cuanto a Jed Parry, el globo que se interponía entre nosotros lo ocultaba de mi vista.

El viento renovó su furia en las copas de los árboles antes de que yo lo sintiera en la espalda. Luego sacudió el globo, que cesó su inocente y cómico balanceo y quedó súbitamente quieto. Su único movimiento era una titilante tensión que ondulaba por su estriada superficie debido a la acumulación de energía retenida. Ésta se liberó de golpe, el ancla voló entre una lluvia de polvo y el globo y la barquilla se alzaron tres metros en el aire. El niño volvió a caerse, dejamos de verlo. El piloto, que empuñaba la cuerda, se elevó setenta centímetros del suelo. Si Logan no lo hu-

biera alcanzado sujetando una de las muchas cuerdas que colgaban, el globo se habría alejado llevándose al niño. En cambio, arrastró por el campo a los dos hombres y los campesinos y yo echamos a correr otra vez.

Llegué antes que ellos. Cuando agarré una cuerda la barquilla me llegaba a la altura de la cabeza. Dentro, el niño gritaba. Pese al viento, me llegó el olor a orina. Jed Parry sujetaba otra cuerda unos segundos más tarde, y los dos labriegos, Joseph Lacey y Toby Greene, cogieron otras inmediatamente después. Greene sufría un acceso de tos, pero siguió agarrado a la cuerda. El piloto nos gritaba instrucciones, pero estaba fuera de quicio y nadie le hacía caso. Llevaba mucho tiempo luchando, ya estaba agotado y no dominaba sus emociones. Con los cinco colgando de las cuerdas, el globo estaba asegurado. Sólo teníamos que mantenernos en pie y poner una mano encima de otra para bajar la barquilla, y eso, pese a lo que gritaba el piloto, fue lo que empezamos a hacer.

Para entonces ya estábamos en el barranco. El terreno descendía bruscamente en una pendiente de un veinticinco por ciento, que luego se suavizaba convirtiéndose en una cuesta poco pronunciada hasta llegar abajo. En invierno es un sitio frecuentado por los chavales para deslizarse en tobogán. Todos hablábamos a la vez. Dos, el del coche y yo, queríamos alejar el globo del borde del barranco. Alguien consideraba prioritario sacar al niño. Otro abogaba por bajar el globo para que pudiéramos anclarlo firmemente. Yo no veía la contradicción, porque podíamos bajarlo al tiempo que lo llevábamos otra vez hacia el campo. Pero la segunda opinión prevaleció. El piloto tenía una cuarta idea, pero nadie se enteró ni se preocupó de en qué consistía.

Debo aclarar algo. Quizá hubo un vago objetivo común, pero no llegamos a actuar en equipo. No tuvimos oportunidad, ni tiempo. Coincidencias de momento y lugar y la predisposición a ayudar nos habían reunido bajo el globo. Nadie estaba al mando, o todos lo estábamos y gritábamos a

la vez. Al piloto, con la cara colorada, desgañitado y sudoroso, no le hacíamos caso. Exudaba incompetencia como si fuese calor. Pero nosotros también intercambiábamos instrucciones a gritos. Estoy convencido de que si hubiese mandado yo, la tragedia no habría ocurrido. Después oí que otros decían lo mismo, refiriéndose a sí mismos. Pero no hubo tiempo ni ocasión de mostrar firmeza de carácter. Cualquier dirigente, cualquier plan sólido habría sido preferible a ninguno. Los antropólogos no han observado ninguna sociedad humana, desde el cazador-recolector al hombre postindustrial, en la que no haya habido dirigentes y dirigidos; y jamás se ha abordado ninguna emergencia de manera eficaz sin un proceso democrático.

No resultó muy difícil bajar la barquilla de los pasajeros lo suficiente para mirar en su interior. Teníamos un nuevo problema. El niño se había acurrucado en el suelo. Tenía el rostro cubierto con los brazos y se tiraba del pelo.

—¿Cómo se llama? —preguntamos al hombre de la cara colorada.

—Harry.

—¡Harry! —gritamos—. ¡Vamos, Harry! ¡Harry! Dame la mano, Harry. ¡Sal de ahí, Harry!

Pero Harry se encogió más. Se estremecía cada vez que pronunciábamos su nombre. Nuestras palabras eran como piedras lanzadas contra su cuerpo. Tenía paralizada la voluntad, un estado conocido como impotencia inducida, muchas veces observada en animales de laboratorio sometidos a tensiones fuera de lo común; todos los impulsos para solucionar problemas desaparecen, se pierde todo instinto de supervivencia. Bajamos la barquilla y conseguimos mantenerla en el suelo, y nos estábamos inclinando para tratar de sacar al niño cuando el piloto nos apartó de un empujón e intentó subir. Más tarde aseguró que nos había explicado lo que trataba de hacer. No oímos nada salvo nuestros propios gritos y juramentos. Lo que estaba haciendo parecía ridículo, pero sus intenciones, según resultó, eran absoluta-